

CHARLES BURNEY

VIAJE MUSICAL
POR FRANCIA E ITALIA

SITUACIÓN ACTUAL DE LA MÚSICA EN
FRANCIA E ITALIA, O DIARIO DE VIAJE
EMPRENDIDO POR ESTOS PAÍSES CON
EL PROPÓSITO DE RECOGER DATOS
PARA UNA HISTORIA GENERAL
DE LA MÚSICA

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE RAMÓN ANDRÉS

BARCELONA 2014



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *The Present State of Music
in France and Italy*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2014 by Ramón Andrés González-Cobo
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de *La familia Sharp* (1779-1881),
de Johann Joseph Zoffany

ISBN: 978-84-16011-07-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 2437-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

NOTA A LA EDICIÓN

Es extraño que la obra de una sobresaliente figura como lo fuera Charles Burney carezca de una edición definitiva, incluso en su lengua de origen, y más teniendo en cuenta el valor testimonial de sus viajes, no únicamente en el campo de la música, sino también de las artes y las costumbres del siglo XVIII. Son pocos los casos como el suyo que, siendo una autoridad notablemente citada, referencia de estudios históricos, no cuenta con un cuerpo textual coherente. La edición más completa, que engloba todos los viajes de Burney, fue impresa en Londres en 1959, a cargo Percy Scholes, considerado, con justicia, primer estudioso del músico y viajero de Conover: *Dr. Burney's Musical Tours in Europe*. Esta edición es, precisamente, de la que partió Enrico Fubini para la traducción italiana: *Viaggio musicale in Italia* (Turín, 1979). Sin embargo, se trata de una fusión del testimonio de 1773 que, a su vez, es la segunda impresión corregida de *The Present State of Music in France and Italy: or, the Journal of a Tour through Those Countries, Undertaken to Collect Materials for a General History of Music* (Londres, 1771), y, asimismo, del texto contenido en el manuscrito del diario guardado en Yale, que cuenta con anotaciones y observaciones no publicadas en 1771 ni en 1773. Este entramado, de por sí dificultoso en la fijación de la edición completa, vino a complicarse con la aportación de H. Edmund Poole, *Music, Men, and Manners in France and Italy 1770* (Londres, 1969), donde se ofrecen datos no recogidos por Scholes. Por su parte, un estudioso como Michel Noiray, en la edición y traducción francesa de 1992, *Voyage musical dans l'Europe des Lumières*, tomó como testimonio base el de 1773, con lo cual el texto resulta ciertamente fragmentario. Ante esta situación, la presente traducción ha procurado tener en cuenta la mayor información de las obras citadas y aplicar el sentido narrativo para una mejor comprensión lectora, excluyendo párrafos

NOTA A LA EDICIÓN

superfluos y ordenando materiales a veces expuestos un tanto arbitrariamente. En este sentido, la nuestra puede considerarse una nueva edición que tiene como principal y original propósito el de ofrecer un relato que el lector pueda reconocer como tal.

RAMÓN ANDRÉS

[Las notas referenciadas con número pertenecen al traductor, las referenciadas con letras, al autor].

PRÓLOGO

Entre los muchos escritos publicados por los viajeros que han visitado Italia, adonde la curiosidad les llevó por distintas razones, resulta asombroso que ninguno de ellos, al menos hasta hoy, haya emprendido el camino para tratar de conocer el origen histórico de su música y su situación actual. Y, sin embargo, ese país encantador es el que la ha cultivado con mayor fortuna y el que no sólo ha abastecido a Europa con los más celebrados compositores e intérpretes, sino también el que ha influido en mayor medida sobre nuestra concepción de la elegancia y la excelencia, que son atributos propios de este arte.

No hallamos un cuadro, una estatua, un edificio que no haya merecido su descripción; tampoco queda inscripción alguna sin haber sido anotada en un cuaderno. Y, sin embargo, apenas si tenemos noticias de los conservatorios (o escuelas de música), ni se mencionan las óperas o los oratorios de los ilustres maestros italianos. Bien guarnecidas de toda suerte de libros de historia de la pintura y de otras artes, de volúmenes versados sobre sus más célebres representantes, nuestras bibliotecas tienen sumido en el olvido todo aquello concerniente a la música y los músicos. Y ello resulta tanto más inconcebible por cuanto la música es el arte más cultivado hoy, y el único en el cual los italianos, ciertamente, pueden vanagloriarse de ser superiores al resto de Europa. Hoy, los pintores, escultores, arquitectos, historiadores, poetas y filósofos de Italia no destacan sobre sus contemporáneos de este lado de los Alpes, contrariamente a lo acaecido en los siglos pasados, de ahí que no despierten el deseo de visitarlos y conversar con ellos.

Puede decirse, pues, que la música italiana está *viva*, mientras que el resto de las artes hablan en una *lengua muerta*. Sus artistas son doctos y, justo es reconocerlo, guardan esa nobleza de lo clásico, pero han perdido la fuerza y el ingenio de aquellos que vivieron en los días de León X, cuando Italia era tan superior al resto del mundo y por ello tan digna de ser visitada como lo fuera Grecia en los tiempos de Pericles y Alejandro.

Si admitimos que en nuestro tiempo los europeos son por lo común más refinados y civilizados que antaño, con- vendrá aceptar que la música nunca tuvo tanta estima ni fue mejor comprendida en Europa como lo es hoy.

Acaso el hombre grave y sabio puede observar la música como un arte liviano, y hasta frívolo, pero Montesquieu dijo que se trataba de «la única de las artes que no corrompe el espíritu».¹ De igual suerte que la electricidad ha sido considerada simplemente como una materia de especulación para el filósofo y un pasatiempo para el curioso, así también es de lamentar que un principio tan universal no haya encontrado hasta ahora una aplicación verdaderamente práctica. El doctor Franklin, tras demostrar que el rayo y la luz eléctrica son de una misma naturaleza, ha sido llamado a inventar uno de los más útiles objetos que la filosofía nun-

¹ *El espíritu de las leyes* IV, 8. Dice textualmente: «Polibio, el juicioso Polibio, nos dice que la música era necesaria para suavizar las costumbres de los árcades, quienes habitaban en un país donde el aire era triste y frío. Dice también que los habitantes de Cinete, que descuidaron la música, sobrepasaron en crueldad a todos los griegos, y que no hay ciudad donde se hayan visto tantos crímenes. Platón no tiene reparo en decir que no puede llevarse a cabo un cambio en la música sin que repercuta en la constitución del Estado. Aristóteles, que parece haber escrito su *Política* con la única intención de oponer sus ideas a las de Platón, está de acuerdo con él en el poder que la música ejerce sobre las costumbres. Teofrasto, Plutarco, Estrabón, todos los antiguos pensaron de igual modo».

PRÓLOGO

ca habría llegado a culminar: el pararrayos. Y no faltan sorprendentes y valiosos ejemplos que prueban el beneficio y eficacia de la electricidad aplicada a la ciencia médica.

Esta misma reflexión puede aplicarse a la música. Con frecuencia se asevera que es un recurso deleitable para satisfacer durante una hora el ocio de aquellos acaudalados que viven halagados por el lujo, pero la persona juiciosa, y la que tiene una mente despierta, se preguntará: ¿qué beneficio saca de la música el resto de la humanidad? Aunque podamos encontrar distintas respuestas a esta cuestión, en Inglaterra, y quizás más que en ningún otro lugar, pueden alabarse con claridad los honestos fines para los que ha sido utilizada.

Su presencia ha sido reclamada para cumplir las más nobles empresas de este reino, y ha hecho, entre otras cosas, que más de un rico se haya visto impelido a abrir la bolsa y dar dinero a los niños pobres caídos en desgracia tras la muerte de su padre.² Muchos huérfanos se han beneficiado de su favorable influencia.^a Los efectos de su poder han suavizado los dolores de las parturientas, y ha hecho que el alumbramiento sea menos temible y más seguro;^b y con ello, tal vez, se aminoren los estragos de una enfermedad que nace

² Se refiere a la fiesta de los llamados «Hijos del Clero», que Charles Burney señala en una nota a pie de página como *Feast of the Sons of the Clergy*.

^a Todos los años se interpreta *El Mesías* a beneficio del hospicio de niños abandonados. [En efecto, a partir del siglo XVII el Foundling Hospital se convirtió en el destinatario de la ceremonial audición. Georg Friedrich Händel (1685-1759) fue uno de los bienhechores de esta fundación creada en 1739. Diez años después, con ocasión de la inauguración de una capilla y del órgano de dicha entidad, escribió el *Foundling Hospital Anthem*, que data de 1749. Un año después se afianzó la costumbre de interpretar *El Mesías*].

^b Anualmente se ofrece un concierto para recaudar fondos en beneficio del Hospital de la Maternidad situado en Brownlow Street.

en la misma fuente de la vida.^c Y, en fin, permite a los músicos, más que a los que desempeñan otros oficios, jactarse del sostenimiento de sus colegas sumidos en la pobreza gracias a esa institución tan eficiente y admirable como es la Sociedad para la Asistencia de Músicos menesterosos y sus Familias.³

La música ha hecho en todo tiempo las delicias de los príncipes cultos y ha constituido un refinado gozo en las más distinguidas cortes. En nuestros días secunda cuanto conviene a lo civil y lo religioso, y está tan asociada a nuestra diversión y descanso, que no podemos vivir sin ella. Guarda un papel muy importante dentro del oficio divino celebrado en las iglesias, es consustancial, por otra parte, a la disciplina militar, y sin música los teatros se verían abocados a cerrar las puertas. A ello debe añadirse el hecho significativo y no menor de que en cualquier país que se tenga por civilizado veremos que en toda familia hay un miembro que toca la flauta, el violín, el clave o la guitarra, no en vano la música alivia los pesares y apacigua el dolor, y resulta un bien tan grande para la humanidad que nos aleja del mal y con su bálsamo restaña las heridas más hondas.

Si los libros que he consultado hasta ahora, desde luego copiosos, me hubieran facilitado toda la información que deseaba obtener con el propósito de escribir una historia de la música, sobre la cual he meditado durante mucho tiempo, no habría sido necesario emprender un viaje que, por otra parte, tantas fatigas y gastos me ha supuesto y que, por añadidura, me ha impedido cumplir con otras muchas de mis obligaciones.

Se dice que estos libros, tanto los de viajes como los de música, son en general tan parecidos entre sí y que con leer un par o tres me hubiera bastado para conocer el conteni-

^c Audiciones a favor del Lock Hospital.

³ En el original, The Society for the Support of decayed Musicians and their Families.

PRÓLOGO

do de un centenar de ellos. Sin embargo, con la esperanza de aportar al mío algo de originalidad, o al menos novedad, decidí emprender el camino hacia los lugares donde se hallan las verdaderas fuentes, y beber lo que mana de ellas, y de paso, también, por qué no admitirlo, satisfacer mi curiosidad. Ésa es la razón de mi viaje a Italia, donde uno puede encontrar un material imposible de hallar en Inglaterra. He querido, para dar buen cumplimiento de mi libro, escuchar con mis propios oídos y ver con mis propios ojos y, en la medida de lo posible, dejar al margen otra cosa que no estuviera relacionada con la música. Bien es verdad que hubiera podido disfrutar contemplando cuadros, estatuas y edificios, pero comoquiera que no encontré demasiado tiempo para ello sin quitárselo al que era objeto principal del viaje, decidí que mi propósito no podía quedar «en agua de borrajas» ni distraerme con otros entretenimientos.^d

Con esta determinación, y llevado por el mejor de los ánimos, dejé Londres a primeros de junio de 1770, y como deseaba que mi labor no quedara restringida a lo acontecido musicalmente en Italia, me dispuse, aprovechando el camino, a hacer acopio de todo lo relativo a la música francesa y formarme una mejor idea de su situación. Sin embargo, he de decir que habría resultado vano intentar satisfacer este cometido durante las pocas semanas de mi estancia en Francia si no hubiera tenido antes la oportunidad de visitar París en dos ocasiones y, de paso, conocer todos sus rincones. Además, desde hace al menos veinte años he ido recopilando las obras de los mejores compositores franceses y los escritos sobre música de los más avisados autores de aquel reino.

^d En el decurso de mi viaje comprobé cómo, efectivamente, pude apagar mi amor por la escultura y la pintura y depositarlo todo en la búsqueda de las fuentes musicales y en recabar el material necesario. Eso me permitió, por ejemplo, recoger y trazar dibujos relativos a los instrumentos musicales tanto de la Antigüedad como de nuestros días.